

Que por una carta escrita
De Pekín, se da razón
Que al pérfido Napoleón
Le torcieron el pescuezo
En París. . . . *Yo me confieso, etc.*

Nuestra coronada villa
La reconquistó el inglés,
Y no se encuentra un francés
En una ni otra Castilla.
Evacuada ya Sevilla,
La Navarra y Aragón
Tendrán pronta evacuación;
El mal gálico con eso
Purgarán. . . . *Yo me confieso, etc.*

Nuestro ilustrado gobierno
Pidió al claustro que le informe
Del método más conforme
De estudio antiguo y moderno,
Al punto se cría un terno
De sabia diputación,
Para que haya una instrucción:
Ahora sí que harán progreso
Las letras. . . . *Yo me confieso, etc.*

Guatemala está de modo
Que ninguno lo comprende,
Y aquél que más lo pretende
Es el que lo ignora todo:
Por eso yo me acomodo
A la vida del ratón,
Que labró su habitación
En aquel famoso queso
Flamenco. . . . *Yo me confieso, etc.*

Amigo, se me sofoca
La cabeza con el ruido
Monótono y sostenido
De mi penitente loca.

Por lo que á mi afecto toca,
Jamás tendrá variación,
Siendo esta la confesión
Que en mi juicio y exprofeso
Debo hacer: *Yo me confieso,*
A la Santa Inquisición.

V.

Aquí deberíamos terminar el rápido análisis de las poesías del doctor Goyena, si no fuera que ha querido nuestra buena suerte que, entre antiguos y apolillados papeles, diéramos con varias producciones del fabulista, que no figuran ni en la primera colección que de sus versos se publicó, en 1825, en esta capital; ni en la que salió á luz en París, once años después; ni en la impresa por la tipografía de "La Concordia," en 1859; ni menos en la última, dada á la estampa hace dos años, en la imprenta del señor Silva. Aquellas producciones se encuentran confundidas, en las gacetas guatemaltecas de principios del siglo, con los bandos del señor Mollinedo y Saravia, para evitar que se robasen las losas de las aceras, y á efecto de que no pulularan por las calles de esta leal y noble ciudad tantos perros como debe de haber habido, á juzgar por las enérgicas disposiciones contra la raza canina. (25) En ese periódico oficial, que se imprimía con tipos fundidos en el país, aparecen de vez en cuando, con el anagrama de los apellidos, que en sus mocedades usaba el festivo poeta, algunas fábulas, varias ana-

[25] El primer bando es de 15 de agosto, y el segundo de 21 de febrero de 1803.

creónticas, y picantes epigramas, que suministran variedad y sirven de ornamento á aquel diminuto periódico, único que por entonces circulaba, y que si intrínsecamente carece de importancia, la tiene hoy, y muy grande, desde el punto de vista de nuestra historia. No vamos á reproducir todas aquellas composiciones que pudimos exhumar, ya que la extensión de este nuestro trabajo viene excediendo los límites dentro de los cuales ha de contenerse. Que nos sea dado, no obstante, engalanar sus páginas con una ú otra de esas joyas que han permanecido olvidadas en polvoriento y descolorido estuche; pero que brillan hoy con los mismos cambiantes que les diera la diestra mano que tantos años hace cortó sus primorosas facetas. Puede el tiempo con pérvida guadaña segar de las eras la más preciada miés, hasta dejar el campo sin espigas, cubierto tan sólo de estériles abrojos; mas queda siempre oculta la simiente que conserva el germen de la vida, como guardaron los granos de trigo, depositados en las Pirámides por los Faraones, el misterioso elemento de la reproducción que desarrollara cuando Bonaparte los volvió á la madre tierra, después de cuarenta siglos. Las generaciones se suceden rápidamente unas á las otras; los hombres pasan por el haz del mundo, como pasa en el mar la huella que la procelaria deja al rozar con sus alas las encrepadas olas; pero sobrenadan en la tormenta de la existencia las obras de los ingenios, á la luz del faro de la historia. No importa que envueltas en el sudario del olvido yazgan por luengos años; al fin se encarga el destino de arrebatarnos á las impías garras de la muerte. Que vuelvan, pues, al lado de sus compañeras, á vivir con sus hermanas, esas composiciones alegóricas tan llenas de jovialidad y lozanía, que no tienen trazas de haber dormido durante cerca de una centuria el sueño de la indiferencia. He ahí, entre otras de aquellas fábulas, la que revela moral enseñanza á los inexpertos que ceden á voluptuosos y torpes alhagos de las Frinés que venden por vil precio sus caricias. Ese apólogo se intitula:

EL LORITO.

Como las perdices
Son tan agraciadas,
Con aquel piquito
De color de grana,
Su pintada pluma,
La mucha elegancia
De su hermoso pecho,
Y toda la gracia
De aquellas patitas
Tan recoloradas;
Un lorito mío
Se huyó de la jaula,
Y fuése trás ellas
Por esas montañas.

Presentóse el mozo
Con toda la gala
De sus coloridos,
Y ellas muy pagadas
De su bizarría,
Le acogen y halagan
Con grandes caricias
Y finezas raras.

Una le pedía,
Para hacerse galas,
Plumas amarillas;
Otra coloradas;
Otra quiere verdes;
Y él, por agradarlas,
Fué tan boquirrubio
Que en pocas semanas
Quedó desplumado,

Sin que le dejaran
 Más que los cañones,
 Y aún eso de gracia.

Cuando lo pararon
 Tan de mala data,
 Huyéronle todas,
 Y tornó á la jaula
 Lleno de ignominia.
 Inquiero la causa
 De su desventura,
 Y él que nada calla,
 Me lo dijo todo;
 Y al ver su ignorancia
 Le dije: "Lorito,
 Dale al cielo gracias,
 Porque esas perdices
 Eran de montaña;
 Que si has tropezado
 Con otras que andan
 Por las poblaciones,
 Ellas te dejaran
 Tan descañonado,
 Que no pelecharas."

Vuélvese á ver en esas pinceladas, dibujado á grandes y salientes rasgos, un acabado boceto, de aquellos que, con característico primor, hacía el inmortal Goyena. No ha menester de análisis esa descripción de las provocativas perdices y del incauto loro: es un poema perfecto en su género. ¡Cuántos en el humano linaje habrán quedado tan maltruchos, como el avechucho de la fábula, merced á las artimañas de palomas de vuelo bajo!

No carece tampoco de gracia otra composición desconocida, de esas que en calma sepulcral guardaba "*La Gazeta de Goathemala*," y que vamos á insertar con gusto, por-

que parece escrita con referencia á ciertos criticastros que vienen de repente, no diremos que cual aerolitos ó fugaces estrellas, que al fin los unos gozan de peso siquiera inerte, y las otras brillan aunque sea un momento; nó, los que se dejan ver á veces son zoilos que alzándose á mayores, emprenden la tarea, con palabras soeces y trasconejada sindérisis, de velipendiar á distinguidos literatos. ¡Ah, y cómo estaría en tales ocasiones la fábula ésa, por salir de entre la apergaminada pasta que estrechaba las páginas del tomo amarillento de la venerable gaceta, para enseñarnos que á los desprovistos de meollo, que con el veneno que arrojan por sus nauseabundas fauces, tratan de manchar la reputación ajena, hay que mirarlos siempre con olímpico desprecio, y no entrar jamás en desigual batalla con malandrines, follones, como dijera el célebre Manchego! Ya que en su día no pudieron, á pesar suyo, romper las ligaduras que las tenían sujetas, que salgan hoy sin temor, de su antiguo encierro.

La Loca y la Vieja.

Había una loca
 De estas sosegadas,
 Que pasan por cuerdas
 Si no se les habla.
 Un día en el templo,
 Que rezando estaba
 Tan grave y atenta
 Como una beata,
 Cierta vieja tonta,
 En hora menguada,
 Se hincó junto á ella,
 Y luego desgarró,
 Con fuerte tosida,
 Su gran salivada.

—¿Cómo á mí escupirme;
 Quién así me trata?—
 Le dice la loca,
 Toda amostazada.
 Turbóse la vieja;
 Quiso sosegarla
 Con buenas razones,
 Que allí fueron vanas:
 Y de unas en otras,
 Se armaron entrambas
 De picos y manos,
 Sus únicas armas.
 Hubo lo de *mientes*.
 Lo de *noramala*,
 Lo de *más es ella*,
 Con el de las pascuas.
 La cosa iba á punto
 De darse guantadas,
 Cuando un venerable,
 Ropa negra y larga,
 Semblante severo
 Y barriga inflada:
 —“Es loca, la dijo
 Aparte, á la anciana,
 Déjela en su tema,
 No hay que porfiarla”—
 —“Ya yo lo decía,
 Le repuso ufana,
 Que sólo una loca
 Así me tratara.—”
 —“Mejor fuera verlo
 En su disonancia,
 Y evitar el riesgo
 De ser arañada”—
 Dijo el de lo negro,
 Y acabó la frasca.
 Así pierde el tiempo

El que lo malgasta
 Con los testarudos
 De razón escasa;
 De argüir con los necios
 Qué fruto se saca?
 A veces dicterios,
 Y á veces patadas.

Era tan delicado don Rafael Goyena, al respecto de no ofender ni indirectamente siquiera la susceptibilidad de los demás, que, á consecuencia de haber publicado uno de sus apólogos en el periódico á que acabamos de aludir, y no faltando personas maliciosas que atribuyeran la moral del cuento á otras que adolecían de los vicios censurados por el filósofo, dirigió en tal oportunidad la carta que vamos á copiar. “Señor Editor: En la introducción al tomo 2.º de la Gaceta, número 49, dijo Um... (porque vienen á mi cuento quiero copiar sus palabras) La utilidad de la crítica, en siendo justa y bien intencionada, contra cualquiera de los vicios que se aseste, ya sean morales ó ya literarios, nadie la desconoce. Sin embargo, el oficio de crítico tiene tantas quiebras, que no sabemos como hay quien se atreva á ejercerlo. Por más que ponga de su parte una exactitud escrupulosa en su modo de escribir, *las interpretaciones sinietras son un mal inevitable*. Nadie está libre, y mucho menos el que se mete á censor, de que se deduzcan disparates de las proposiciones más inocentes: y se ha dicho bien, que después del espíritu de discernimiento, lo más raro que hay en el mundo son los diamantes y las perlas.

“Yo nací por el querer del cielo, dotado de un espíritu naturalmente observador. No es, pues, de extrañar que entre los innumerables defectos que indistintamente se advierten entre los hombres de todas clases y condiciones, note algunos y procure ridiculizarlos, con la facilidad que me presenta la natural inclinación á la poesía.

“Hablar al público en verso ó prosa es un derecho común

de que puede hacer uso todo el que se siente con fuerzas para ello. En las cosas útiles, es obligación verificarlo con franqueza é ingenuidad. La licitud y provecho de la crítica ó de la sátira son inquestionables quando se contienen dentro de sus justos límites.

“Hase de tener á raya la poesía (dijo el Ingenioso Hidalgo), no dejándola correr en torpes sátiras, ni en desalmados sonetos.” Esto he pensado yo siempre, y aun lo he extendido á más de lo que lo extiende el vulgo de las gentes de letras. Pienso que no es permitido á un particular el censurar públicamente á otro, y que el hacerlo es atribuirse una superioridad, en talentos, virtudes y luzes que en nadie menos existe generalmente hablando, que en los que tienen el espíritu censor, según lo dijo Cadahalso en muy bellos versos. De consiguiente, pienso que no es lícito, aun en asuntos literarios, criticar ni reprehender á ningún particular; y que, quando se impugnan libros ó papeles, debe guardarse la mayor consideración á las personas de sus autores.

“He querido exponer, Señor Editor, estos mis sentimientos, y modo de pensar no muy ajustado á lo que se usa; porque con dolor de mi corazón, he podido entender que se han hecho aplicaciones malignas de mi fábula inserta en la Gazeta de Um., número 351.

“Jamás incurriré en un delito que detesto, y tengo por el más infame de cuantos pueden cometerse por la pluma.

“Los respetables sujetos á quienes se haya intentado hacer creer que aquella fábula llevó mira determinada, pueden exigir de mí todo género de satisfacciones. No rehusa darlas el que no ha imaginado inferir ofensa; y para que yo me resuelva á satisfacer á cualquier persona, me basta sólo la consideración de que pueda estar agraviada ó sentida de mí, por malos informes ó infundadas sospechas.

“Espero que esta advertencia sea bastante para desimpresionar cualquiera rezelo en orden á la mencionada fábula, cuyo asunto es bien general, y así ha sido tratado por otros ingenios más felices que el mio, sin haber producido

siniestras inteligencias. Deseo también que se tenga presente para lo sucesivo, y que cuando lleguen á insertarse otras que tengo compuestas, no se me atribuya la ruindad de que satirizo á persona determinada, sino antes bien se culpe á los que tengan la ligereza de aplicarlas á otros, pues así lo pide la justicia. Se puede declamar contra los vicios, pero no contra los viciosos. Y es quanto por ahora tiene que exponer á Um. su afectísimo,

Banoger de Sagelliú. (26)

Subscritas con ese mismo anagrama se encuentran otras fábulas, que revelan de todo en todo el estilo de Goyena. Aunque sea á riesgo de extender mucho nuestra labor, no prescindiremos de transcribir dos de ellas, dado que por el carácter de literarias, difieren no poco de las políticas y morales, que forman la incompleta colección que tanta fama conquistara á nuestro escritor. La primera se intitula:

El Poeta y el Loro.

Un indio obsequioso,
Que me visitaba
Me trajo un lorito
Por cosa muy rara.
El animalito
Hablabá con gracia,

(26) Descomponiendo ese anagrama, resulta “R. Goiena B. de Gaselliú; y ya hemos visto que el poeta llevaba el apellido *Bera*, que lo escribieron indistintamente con *b* ó con *v*, como sucedía en lo antiguo con las palabras en que entraban tales letras. En el expediente formado el año de 1787, se lee unas veces *Gastelo*, otras *Gastelú* y otras *Gazellú*, como cognombre del mismo don Rafael.

Y sus coloridos
 También se la daban.
 Tenía en el cuello
 No sé cuantas fajas
 Rojitas y verdes,
 Azules y blancas.
 Su bruta cabeza
 Estaba adornada
 Con un penachito
 De plumas muy varias.
 Al ver su rareza
 Le dí al indio gracias,
 Que es lo que percibe
 Siempre que regala.
 En mi gabinete
 Fijé su morada,
 Poniéndole al pobre
 Su querida estaca.
 Hace ya algún tiempo
 Que tengo la maña
 De leer en alto
 Lo que más me agrada.
 Con este motivo
 El loro escuchaba
 Cuanto yo decía,
 Y él lo relataba.
 Si hablaba de historia,
 También él hablaba:
 Si versos leía,
 Versos recitaba:
 Tratando de leyes,
 De leyes trataba:
 Oyendo sermones,
 Sermón predicaba;
 Metiendo así en todo
 Su tosca cuchara.
 También fuí notando

Que se le quedaban
 Párrafos enteros
 De bastantes llanas.
 Viendo que era el eco
 De mis voces vagas,
 Que las corrompía
 Su mucha ignorancia,
 Que hablaba de todo,
 Que nada inventaba,
 Que era memorista,
 Plagiario de marca;
 Le dije irritado:
 "Cállese el panarra,
 Que ya me fastidia
 Lo mucho que charla."
 Después sosegado,
 Miré con cachaza
 El célebre caso,
 Y por humorada
 Traté de aplicarlo
 A lo que ahora pasa.
 Y habiendo advertido
 Que muchos le igualan,
 Me dije entre dientes
 Con grande soflama:
 ¡Cuántos escritores
 Hay de aquesta laya,
 Que sólo repiten
 Lo que muchos hablan,
 Sufriendo en sus bocas
 Bastante rebaja
 Las cosas que fueran
 Muy bien expresadas!
 ¡Y cuántos doctores,
 También con sus fajas,
 Lo son de memoria
 Como el camarada!